



Queridos misioneros, misioneras, familiares, amigos y bienhechores

Celebramos la fiesta de nuestra querida Consolata todavía preocupados por la pandemia y sus consecuencias: mucha fragilidad, miedo al futuro, crisis social y económica, aumento de la pobreza y de los pobres, desestabilización e incertidumbre mundial en la política y también en la Iglesia... Con este espíritu fuertemente conmovido queremos dirigirnos a nuestra querida Madre e implorar de ella una fe más fuerte, una caridad más comprometida y una mayor esperanza de aprender, de ser consolados, a consolar.

Consolación es esperanza

La liturgia de la fiesta nos pone en actitud de reflexión sobre la relación que hay entre la consolación y la esperanza, porque el corazón de nuestra fiesta en honor de María es precisamente la esperanza.

Los textos litúrgicos, cuando hablan de la consolación experimentada por la Virgen María, usan el término "esperanza ofrecida a todos nosotros", queriendo, así, dar fe de que será otorgada como un regalo de Dios, sólo si se da la consiguiente y necesaria colaboración del hombre. El prefacio de la fiesta de la Consolata explica muy bien este concepto. Proclamamos: "En la cruz del Hijo, María padeció sufrimientos indescriptibles, consolada por Ti con la esperanza de la Resurrección".

María sufre por la misión que lleva a cabo; se compromete a hacer su parte y a no escapar del sufrimiento increíble que tendrá que sufrir, precisamente porque está segura, en la fe, que sólo de esta manera puede realizar la esperanza de ser consolada y apoyada por Dios.

El Padre apoyó a su Unigénito en la hora del Sacrificio Supremo, así como le dio a María la fuerza para soportar el dolor inhumano y terrible de la muerte de Jesús, después la alegría de disfrutar de su resurrección. Él estuvo a su lado, la consoló, como lo había prometido. Es sobre todo Pablo quien nos recuerda esta verdad y realidad: "Así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, así abunda también por Cristo nuestra consolación" (2 Cor 1,5).

Antes de experimentar la consolación de Dios, hagamos nuestra parte en llevar a cabo la obra a la que Dios nos ha llamado. Hay, por tanto, una dimensión vocacional de la consolación, de la que María es un espléndido icono.

Consolación es responsabilidad

Permítanme reflexionar junto con ustedes, a los pies de la Virgen Consolata, sobre un aspecto que nos desafía a todos y de una manera específica; me refiero al tema bíblico de la consolación, la dimensión del compromiso de la consolación; es decir, sobre la responsabilidad de construir caminos de consolación que ofrezcan esperanza.

La gente pide ser consolada sin ser conmisericordada. Queremos darles voz a las muchas peticiones de esperanza y de futuro, que habitan en el corazón de nuestros jóvenes, cansados de no poder planificar sus vidas, porque están atormentados por perspectivas cada vez más sombrías; a las demasiadas situaciones de desencanto y miedo de quien ha perdido la confianza y la paciencia porque ya no logra luchar por su supervivencia. En este tiempo tan difícil y complejo sentimos el deber de darle la voz a quienes piden a todos, creyentes y no creyentes, ser consolados, en el sentido literal latino de este término; es decir, no ser dejados solos en el difícil camino de la vida.

Consolación es presencia

Consolar, es estar ahí, cueste lo que cueste, a la hora de asumir las propias responsabilidades; consolar, es mirar al hombre reconociendo en él la dignidad de ser una persona y no un número que hay que sumar a los demás. Consolación es combinar la gramática de la fe con el alfabeto de la vida, porque una fe incorpórea no es fe. Debe perfumar a Evangelio y traducirse en buena praxis de vida, enfrentando los desafíos de un mundo en constante cambio.

La Consolata nos llama a consolar, incluso antes de pedirle que nos consuele; ella, la consolada por excelencia, nos invita a hacer nuestra parte, sin miedo, sin mascarillas, sin mentiras, sin delegaciones.

San Pablo afirma que: "Dios nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que nosotros también podamos consolar a los que se encuentran en cualquier clase de aflicción" (2 Cor 1,4).

¡Somos consolados por Dios para que podamos consolar a nuestros hermanos y hermanas!

La lucha por el bien abre la puerta a la intervención consoladora de Dios para nuestras vidas y nos permite salir al encuentro de los que están en dificultades para entender sus necesidades y buscar con ellos una solución que les dé esperanza concreta, encarnada, estable, no estéril y vacía. No hay contradicción entre consolación y compromiso, en el sentido de que se pueda relegar la consolación a la esfera de la emoción y el compromiso a la esfera de la acción.

¡Pidámoslo a nuestra querida Madre Consolata, como un regalo especial!

Consolación es compromiso

Por último, me gustaría ofrecerles algunas sugerencias, con el fin de dar forma concreta a la dimensión de la esperanza y para que se traduzca en opciones de vida.

1. Comprometerse a despertar la reflexión. Una mente que no piensa, que no busca, que no evalúa, sino que se hunde en el dominio de lo útil, del interés y del disfrute puro es una mente fracasada, fuente de todo fracaso. Cristo nos invita a acoger el espíritu de la verdad, que sólo nos consuela.

2. Comprometerse por colocar a la persona en el centro de la acción: todo debe centrarse en el respeto a su dignidad; todo debe apuntar a su crecimiento. La persona debe ser siempre acogida como un fin y nunca como un medio para la construcción de la esperanza futura.
3. Comprometerse con la promoción del bien común. Persona y bien común son dos realidades que se exigen mutuamente, que no se excluyen, sino que se apoyan mutuamente; ambas se realizan si se relacionan entre sí.
4. Comprometerse con absoluta verdad y transparencia, sin engañar nunca a las personas con promesas falsas o ilusorias, dándoles a los jóvenes la oportunidad de construir su futuro.
5. Comprometerse desde los últimos; necesitamos darle forma a una misión que ponga en primer lugar el cuidado y la atención a los últimos que sufren las más diversas inhabilidades.

Conclusión

Con las palabras del profeta Isaías, les digo: "Consolad, consolad a mi pueblo; hablad al corazón de nuestras comunidades, de nuestra gente, de nuestros pueblos... todo valle sea elevado, todo monte y cerro sean aplanados; el terreno escabroso se vuelva llano y el terreno escarpado, llanura" (Is 40, 1ss).

¡Pidamos, en nombre del amor común que le tenemos a la Santísima Virgen Consolata, este compromiso con la consolación!

Oración

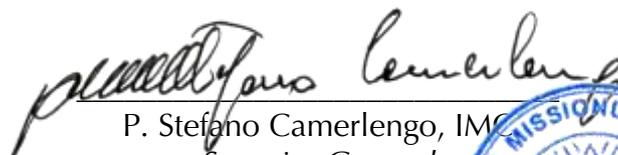
¡Oh, dulce Madre Consolata,
vuelve tu mirada a nuestro Instituto, a la Iglesia,
a nuestros pueblos, a las familias, a los ancianos, cada vez más solos,
a los jóvenes y, sobre todo, a los pobres!

Míranos, dulce Madre Consolata,
míranos como sólo una Madre sabe hacer!

¡Míranos y bendícenos,
anímanos,
protégenos,
cuídanos!

¡Amén!

A todos y cada uno/ una feliz y santa fiesta de la Virgen Consolata, llena de consolación y esperanza. ¡Valor y adelante *in Domino*!


P. Stefano Camerlengo, IMC
Superior General



Roma, 8 de junio de 2021.